

la muerte sobre la vida. Será destruida la ilusión que hace de la humanidad una esclava de su propia obra, la propiedad. El bien más grande de la humanidad es su poder productivo; esa es la fuente eterna de toda dicha, y no lo que está ya producido. Lo que la Naturaleza creó, lo que los hombres crearon y transformaron, eso pertenece a la humanidad, a los indigentes, y nadie puede venir a decir: Todo eso me pertenece a mí solo, y vosotros, los demás, sois solamente convidados, a los que yo soportaré el tiempo que me plazca y mientras me produzca renta, y a los que despediré cuando me venga en gana. Lo que la Naturaleza dió, lo que el hombre produjo, lo que el sér vivo necesita, es mío”.

Wagner entrevé en los tiempos nuevos, en el estado futuro de la humanidad, “los hombres tal cual serán, libres de la última superstición, la negación de la Naturaleza.”

He ahí la fuente misma del arte grandioso de Wagner. “Sólo la Naturaleza—escribía en “El Arte y la Revolución”—puede descifrarnos el gran destino del mundo: en la medida en que yo estoy contenida en vosotros, dice Natura a los hombres, vivís y florecéis vosotros; en la medida en que en vosotros no estoy, os consumís y perecéis.”

Y es precisamente este sentido del arte el que nos hace más sensible la Naturaleza. No se trata—afirma Siegfried—de este arte moderno dispensador de riquezas, “cuya floración es la podredumbre de las cosas y de las relaciones humanas vacías, sin alma, contra Natura” (El Arte y la Revolución); no se trata de este arte infecto “que no desdeña ni el óbolo del pobre y se introduce en las entrañas mismas del proletariado—enervador, inmoral e inhumano—y esparce en todas direcciones el veneno de su savia;” sino del arte independiente, libre de todo convencionalismo; de la “belleza en acción,” de que nos habla Wagner; de la estética racional que proclama Dun-

can; del “arte verdadero, que no puede existir fuera de la más ilimitada libertad, que no tolera poder ni autoridad alguna, en una palabra, ninguna fuerza antiartística, antisocial.” Se trata de arte puramente humano que “puede dar a la corriente de las pasiones sociales—que brota fácilmente así de los arrecifes salvajes, como de los bajos fondos populares—un fin bello y elevado, un fin de noble humanidad” (El Arte y la Revolución).

¿Cómo desentenderse del elemento pasional humano que nos conduce, por los cauces de la belleza, a la realización de los más altos ideales?

IV

Pese a la inconciencia de las multitudes, la obra de arte ejerce soberano influjo y a su mágico soplo las almas se elevan, se ennoblecen, se humanizan.

“La obra poética—dice Morote—, la obra musical del sublime autor de “Los maestros cantores” de “Tristán e Iseo”, del “Ocaso de los dioses”, no es la producción de un artista que no es más que un artista, sino el espléndido florecimiento de un alma que, por ser tan grande, por ser tan genial, aspira y logra expresar por la música mundos enteros del pensamiento humano, ideales que han sido y que ya no serán, visiones anticipadas de la Ciudad futura.

“Y el gran público que siente las ansias de Libertad, de Justicia y de Verdad, sin él saberlo, acude al teatro a aplaudir los mitos poéticos y musicales por los que ve a la Humanidad ir caminando a la gloria final de un planeta mejor, en que se realice el bienestar de todos. Sus héroes no son los héroes que, en definitiva, mueren para dar la vida a hombres más perfectos, sino representaciones de la terrible lucha por la perfección.”

Y es que, como sostiene el camarada Siegfried, Wagner se inspiró en la antigüedad griega, en la cual “la Humanidad se elevó hasta las cum-